



## Florence Thomas<sup>\*</sup>

# A propósito de la pandemia<sup>\*\*</sup>

### Madre: ¿cómo se lava un baño?

*31 de marzo 2020*

Desde mi mirada de género, traté de encontrar algo positivo a este insólito drama que viven el mundo y el país. Entonces hoy me parece que vale la pena resaltar lo que muchos hombres, en este confinamiento y extraña cotidianeidad impuesta, están descubriendo. Y lo que están descubriendo es, en primer lugar, lo absorbente, repetitivo y dispendioso del trabajo doméstico, el significado de lo cotidiano. Muchos ni siquiera lo habían pensado ni percibido. Hoy lo están viviendo.

Enfrentados a continuar trabajando desde la casa, miles de hombres hoy deben cocinar, lavar platos, limpiar baños, cocinas y entender cómo

funciona esta extraña máquina que está en el patio y que se llama máquina de lavar. Resultado: están rendidos al acostarse por la noche. Y espero que al mismo tiempo que se adaptan a los nuevos ritmos de estas extrañas jornadas del adentro, estén entendiendo también el valor de lo que descubren. El valor del trabajo doméstico. Este trabajo que sostiene el mundo.

Claro, hablo de una cierta categoría de hombres, aquellos que viven solos y sin mayores problemas económicos lo que les permite contratar trabajo doméstico, y que en su gran mayoría viven absolutamente desentendidos de lo que significa esta vida cotidiana hecha de incesantes actividades generalmente percibidas por la cultura patriarcal como pequeñas y triviales; tan pequeñas y triviales, digo yo, que son las que cuidan la vida y que

---

\* Psicóloga, Coordinadora del Grupo Mujer y Sociedad.

\*\* Columnas publicadas en El Tiempo entre marzo y junio de 2020.

permiten que fluya sin demasiados tropiezos. Por cierto, me estoy refiriendo, y es también importante señalarlo, a una generación de hombres del siglo XX, es decir a muchos de los que hoy tienen más de 50 años. Porque sé también que nuestros hijos, y sobre todo la generación de nuestros nietos, ha tenido que aprender, compartir, y ojalá redistribuir estas actividades de la vida cotidiana que, al fin y al cabo, significan una nueva relación con el tiempo, con los sabores, los olores, el frío y el calor, con la limpieza y la higiene, con la proximidad de los cuerpos de la pequeña infancia y de la vejez, con este cuidado cotidiano del bienestar permanente que se debe traducir, creo yo, en una verdadera estética de la existencia que se resume en una ética del cuidado. Que ojalá sea reconocida algún día como patrimonio inmaterial y mundial de la humanidad.

Y sí, muchas actividades que descubren hoy los hombres son para la inmensa mayoría de mujeres de este país, tareas diarias, sistemáticas y rutinarias.

Es momento entonces de volver a nombrar que lo que estoy contando se llama economía del cuidado. Este trabajo no remunerado que muchas mujeres regalan al país y a la economía formal y que según los economistas representa hoy aproximadamente un 20% del PIB. Sobre este punto no sobra recordar, aun cuando ya he hablado de este tema en anteriores columnas y en mi nuevo libro *Nosotras, las mujeres* (Editorial Intermedio2020), que fue la economista Cecilia López quien logró ya hace unos 10 años (ley 1413 de 2010) hacer reconocer y regular la inclusión

de la economía del cuidado en el Sistema de Cuentas Nacionales con el objeto de medir la contribución de las mujeres al desarrollo económico y social del país.

En fin, esperemos que este insólito periodo de confinamiento nos permita reflexionar sobre muchos eventos que han sido poco pensados o trabajados por una sociología de la vida cotidiana.

## La tristeza también mata

12 de mayo 2020

Un hecho comprobado por todas y todos los especialistas de los adultos mayores, o de la tercera edad o como los llamen es que la tristeza, la soledad y la depresión también matan. Eso se puede comprobar en casi todos los países del mundo a raíz de esta pandemia y del severo confinamiento de los mayores de 65 o de 70. Los viejos, las viejas se mueren de no ver a sus hijos, a sus hijas, a sus nietos, de no tener ningún contacto con el exterior y vivir como una clase de parias de la sociedad. Algunos dejan de comer, otros pierden las ganas de vivir. Y, sí: la tristeza también mata.

Este tema se ha vuelto viral y álgido muy particularmente en Francia, un país que ha tenido un récord de muertos en los establecimientos para adultos mayores de 70 años, muchos de 80 y 90 y en situación de dependencia. Los llamados geriátricos de aquí. Y el presidente francés, Emmanuel Macron, ha decretado que todos los adultos mayores de 65 años debían ser confinados y aislados por tiempo indeterminado. Algo parecido pasa en Colombia, donde existe un

confinamiento bastante severo e igualmente indeterminado para los y las de 70 años y más. Por el momento va hasta el 30 de mayo, pero algunos especialistas recomiendan que sea hasta finales de año o hasta que exista una vacuna.

Hoy, en Francia, y ante la indignación y críticas éticas y hasta jurídicas de intelectuales, abogados y expertos en medicina, se habla de una marcha atrás de estas medidas que se refieren a los adultos mayores. Porque, claro, muchos viejos y viejas se preguntan si entran en la categoría de viejos a los 65 años, a los 72 años o a los 90. Yo también me lo pregunto aunque el concepto de viejo no me parece un insulto y, por el contrario, siempre he tratado de dignificarlo. Pero para aquellos y aquellas de 90 y más años, habría que inventar otra denominación. Claro, en general, ya no constituyen o representan ninguna fuerza o aportes a la economía, generando gastos en salud y pensión. Y, sí, hoy existe una especie de infantilización (qué tal los abuelitos de nuestro Presidente) y discriminación de todos nosotros y nosotras los viejos. Nos parece vivir una especie de arresto domiciliario.

Entonces preguntémosnos: ¿será que los ancianos son más contagiosos que los más jóvenes? La respuesta es no. ¿Será que los ancianos son más vulnerables que el resto de la población? La respuesta es sí. Siempre y cuando precisemos lo que significa vulnerabilidad. Diabéticos: sí; obesos: sí; personas discapacitadas o con enfermedades crónicas: sí. Para estos, el confinamiento tiene que ser estricto y vigilado, a pesar de saber que también algunos se morirán de tristeza y no de coronavirus.

Y es, entonces, cuando es pertinente tomar algunas medidas para que puedan volver a ver sus hijos, sus hijas o nietos a una distancia razonable y solo a uno o dos por turno y con todas las barreras y los gestos de seguridad. Morirse solo no es aceptable.

Nos robaron la primavera, dicen ellos y ellas en Francia. Y probablemente les robarán también el verano. Y de todas maneras quiero dejar en claro que para los y las gobernantes, estas decisiones no son nada fáciles de tomar. Lo entiendo, y sé que no es momento de críticas. Solo quería abrir el debate, quizás porque tengo 77 años.

### **Estar sola (pero siempre lo he estado)**

*17 de marzo 2020*

En estos días virales, mis hijos me exhortan a estar sola y no salir. Cancelar mis reuniones feministas, mis compromisos y algunas entrevistas. Que no baje al café de al lado de mi edificio a comer un buen croissant leyendo la prensa y saludando como hago cada mañana a uno u otra amiga.

Y pensándolo bien, nosotras las mujeres hemos tenido de alguna manera un largo aprendizaje de la soledad. De esta particular soledad que nos impuso una cultura de silencio y ocultamiento. Hemos aprendido a estar solas cuando estábamos (y aún estamos) rodeadas de hombres, cuando sentimos que hablamos otro idioma, cuando nos niegan la palabra. Y recordamos nuestra infancia, esta infancia y sus momentos difíciles cuando nos llegaban de lejos las voces de nuestros padres quienes pronto se separarían. En mi caso

tuve dos hermanos mayores que, por supuesto, no jugaban conmigo; terminaba entonces inventándome juegos y personajes ficticios para acompañarme. También estas muy extrañas soledades de la adolescencia con sus desconciertos y sensaciones de pérdida que siguen siendo para muchos y muchas un infierno. Algo después y en mi caso, cambiar de país fue también un aprendizaje de la soledad. El español que no hablaba fue durante un tiempo una brutal barrera que, de nuevo, me aislaba. Y por supuesto el amor es una gran lección de soledad. Suena paradójico porque todas las canciones populares y los imaginarios románticos nos cantan que el amor es el remedio a la soledad, una verdadera salvación, el milagro del amor como dicen por allá. Y claro no hay nada más falso. Cuántas soledades cargamos casados, o con muchos años de pareja. Hace poco oí decir a alguien que para tomar la decisión de casarse era indispensable amar mucho la soledad. Por no hablar de las inevitables rupturas donde caemos al abismo más negro hasta que nos volvemos capaces de domarla y hacer de ella nuestra más dulce compañía.

Entonces para lograr resistir a este Covid-19 nos toca re-aprender a estar solos. Solos, solas de verdad. Y digo solos o solas de verdad porque, como lo acabo de aclarar, la vida es de hecho un largo sendero de soledad, pero de soledades acompañadas, de soledades habitadas. Claro, hablo para los de más de 65 años porque son, dicen todos los especialistas de este coronavirus, los más vulnerables. Hoy tenemos que poner a marchar nuestros propios mecanismos de supervivencia. Quizás entonces es momento de

volver al pasado, hojeando un viejo álbum de fotos, recurriendo a la lectura de buenos libros que son mil ventanas abiertas al mundo y claro, también, a lo que nos ofrecen algunos programas de televisión. Para los que tenemos más de 65 años, esta crisis es, por supuesto, compleja y atemoriza. Pero si la soledad es el remedio y la cura, no hay problema: yo sé estar sola. Sabemos estar solas.

Además, quizás este extraño virus llegó para recordarnos que de pronto no es demasiado tarde para que este mundo de la insolidaridad, de las brutales e inhumanas economías de mercado, de la ceguera ante el significado de las migraciones del mundo y de las aun insoportables violencias ante la pobreza y el hambre, nos ponga a reflexionar. Quizás como en *La peste* del gran escritor francés Albert Camus, lograremos redescubrir el significado de la solidaridad humana que lleva en sí misma una inmensa carga moral. Ojalá sea así.

## Las horas silenciosas

26 de mayo 2020

Ángela Merkel, la canciller de Alemania dijo en una de sus intervenciones públicas que para alguien como ella que tuvo que luchar mucho para ganar derechos, como viajar y desplazarse, tomar la decisión de restringir la vida pública había sido una de las decisiones más difíciles de su vida. Y sí, creo que ella como mujer interpreta bastante bien lo que todas sentimos a la hora del confinamiento. Es cierto que este aislamiento puede ser duro también para los hombres pues de alguna

manera, en su larga historia, es la primera vez que descubren el encierro doméstico obligado. Esperemos así que en este tiempo muchos hayan podido reflexionar sobre lo que llamamos hoy la economía del cuidado que no es ninguna invención de las feministas sino una dura realidad que no conoce domingos y que se resume en tareas de limpieza, de cuidado del mundo y en un olor a sábanas limpias que devela un encierro forzoso asumido desde hace siglos por la gran mayoría de las mujeres.

Y una vez más y de alguna manera gracias a este extraño virus me parece interesante volver a la historia de las mujeres, una historia incomparable con la de los hombres que siempre han habitado el mundo desde el afuera, desde lo público, desde una incomprensible ceguera relativa al otro, quiero decir a la otra, a las otras, a todas estas mujeres que les hacen siempre la vida más soportable. Durante siglos, los hombres pudieron llegar tranquilos a la casa. Alguien los esperaba. Mientras la vida de las mujeres era prácticamente inaccesible porque es silenciosa, interior e invisible, sin discursos, pues casi nada subsiste a la muy escasa escritura femenina, los hombres eran (y son aun) visibles, los hombres hablaron, escribieron y llenaron el afuera y los espacios públicos, ricos o pobres. Habitaban el mundo mientras las mujeres confinadas tenían que aprender el silencio y resistir estas largas horas silenciosas. Y probablemente como nos lo dicen los historiadores de la vida privada, se supo más de las mujeres por lo que callaban. Claro me van a decir que han existido a lo largo de los siglos grandes mujeres: yo lo sé, existieron las María de Magdala, las Christine de Pizan o las Heloisa entre centenares, quizás miles de otras. Si lo sé. Además todas des-

cubiertas desde hace poco y en gran parte gracias a historiadoras curiosas y feministas.

Digo esto quizás para dar cuenta de este extraño sentimiento que me habita hoy en estas horas silenciosas que estoy viviendo. Quizás explica mi impaciencia por volver a salir, por volver a habitar el mundo con la convicción de que en una democracia—y lo decía también Ángela Merkel—jamás deberían dictarse restricciones de este tipo aun cuando son hoy imprescindibles para salvar vidas y lo entiendo. Solo trato de explicarme a mí misma este malestar de un confinamiento obligado.

Claro sabemos también, y esto es reconfortante, que las mujeres siempre supieron encontrar lugares de resistencia y sitios de encuentros entre ellas, es decir pequeños simulacros de vida pública. Era (y lo es todavía) su única manera de no desaparecer. En fin, creo que cada una está viviendo estas horas silenciosas de confinamiento desde su propia historia. No podría ser de otra manera. Y lo que quería señalar hoy es que los confinamientos de hombres y mujeres son incomparables. Para los hombres es una experiencia novedosa, para nosotras es un triste retorno a algo que hace parte de nuestra historia.

## **Confinamiento e Interrupción voluntaria del embarazo (IVE)**

*28 de abril 2020*

Para muchas mujeres la cuarentena ha significado un aumento en el tiempo destinado a las labores del hogar y a los roles de cuidado en la convivencia con sus parejas. Este hecho puede derivar, como se ha demostrado, en un aumento en las violencias de género, incluida la violencia

sexual. En efecto, en este contexto de violencias intrafamiliares, sabemos que muchas mujeres son víctimas de relaciones no consentidas durante este aislamiento preventivo.

Para nadie es un secreto que obtener en Colombia anticonceptivos como preservativos y métodos de emergencia resulta difícil y que, si antes del Covid-19, ya existían muchas barreras en condiciones “normales” para la interrupción voluntaria de un embarazo, ahora la situación es mucho más compleja.

Se vuelve difícil cuando se desconoce que el servicio de aborto sigue siendo una urgencia médica durante la emergencia sanitaria. Se agudiza cuando las EPS o IPS se excusan en la priorización de los servicios de salud relacionados con el Coronavirus para no atender las solicitudes de IVE, dilatando la atención e incumpliendo los términos legales para dar respuesta (5 días). Hoy todos los pretextos son buenos.

Sin olvidar que en estos días de conmoción mundial, muchas mujeres que quieren interrumpir su embarazo deben movilizarse hacia instituciones de salud que se encuentran fuera del municipio que habitan para realizarse el procedimiento, y que las EPS no están garantizando, como es su deber legal, su traslado oportuno lo que aunado al cierre de las terminales de transporte intermunicipal constituye una barrera casi imposible de superar. También están las mujeres que no pueden acudir a los servicios de salud para iniciar la ruta del IVE porque no tienen con quien dejar a sus hijos e hijas, una realidad abrumadora para las madres solteras. En cuanto a la virtualidad de los trámites, es bien sabido que muchas mujeres no tienen esta posibilidad.

Sumado a esto, resulta paradójico que en una época de sobreinformación, algunas mujeres en el contexto de confinamiento no obtengan información veraz sobre sus derechos sexuales y derechos reproductivos que les permitan tomar decisiones libres sobre su cuerpo.

Al respecto, el último comunicado (190 del 2020) del Ministerio de Salud y Protección Social indica que las instituciones prestadoras de salud deben orientar y dar información sobre IVE, que hace parte del Plan de Beneficios de Salud para todos los regímenes de afiliación; y que el servicio de telemedicina, que por esta época ha generado tanta polémica, es vital para la asesoría durante la pandemia, pues propone el acompañamiento oportuno y personalizado de un profesional de la salud a las mujeres que no tienen la maternidad en su proyecto de vida.

El servicio de IVE, por tanto, es esencial, inaplazable y urgente. En el contexto del aislamiento preventivo es de vital importancia que las mujeres no se vean en la necesidad de acudir a métodos de aborto clandestinos que pongan en riesgo su vida o se expongan a una maternidad forzada, producto de las medidas selectivas de las entidades e instituciones prestadoras de servicios de salud en conjunto con la falta de control del Estado sobre las mismas.

Ya suficiente presión tienen muchas mujeres en estos tiempos de cuarentena. Por eso, el aislamiento preventivo no puede de ninguna manera constituir un obstáculo en el derecho que les asiste de decidir sobre su cuerpo, su sexualidad y su intimidad. Para los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, ni un paso atrás.